

REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL: MICRO-RELATO DE CULTURA¹

Carolina Ramírez Á.
lacaroramirez@hotmail.com
Universidad Simón Bolívar

I. El estudio de las revistas literarias y culturales de América Latina —del siglo XX—, constituye un campo de análisis de fecha reciente. Así lo manifiestan Jorge Schwartz y Roxana Patiño en la introducción de la *Revista Iberoamericana*, N° 208-209, dedicada a la revisión de estas publicaciones. En el prólogo, ambos coordinadores del número, manifiestan la problemática antes enunciada: “Hasta hace no más de una década, las revistas, salvo obvias excepciones, eran consideradas en general un aspecto ‘secundario’ en el *corpus* mayor de la literatura latinoamericana, tal como es posible verificar en las principales y más recientes historias literarias nacionales y continentales...” (2004:647). Este confinamiento de las publicaciones periódicas a un lugar accesorio puede ser atribuido a la complejidad que supone analizarlas ya que, en gran medida, están constituidas por las colaboraciones de diferentes individuos que abordan los fenómenos sociales, literarios y culturales desde una variedad discursiva (ciencias sociales, filosofía, arte, literatura, entre otras disciplinas). Las revistas, por su intrínseco dinamismo temático y temporal, por lo tanto contingentes, son reticentes a ser definidas de una forma taxativa; característica que las mantiene al margen de las miradas críticas². Sin embargo, pese a estas circunstancias, el apelativo de “secundarias” ha sido lentamente

¹ Esta ponencia corresponde a un trabajo de investigación que se encuentra, todavía, en desarrollo.

² A pesar de que las revistas político-culturales no han sido un campo demasiado explorado por la crítica, en los últimos años, se ha visto surgir un interés por tratar de leer estos espacios culturales. Muestra de ello es el libro editado por Sosnowski *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas* (1999); la edición monográfica de la *Revista Iberoamericana* No. 208-209 (2004) y el número 31 de la *Revista de Crítica Cultural* (2005).

deslindado de este tipo de publicaciones para llegar a ser interpretadas/leídas desde una perspectiva más rica: como diseñadoras “de las culturas nacionales y transnacionales” y afianzadoras “de las bases ideológicas y culturales que conforman la noción de ciudadanía y, más ampliamente, regulan el funcionamiento de la sociedad civil” (Moraña, 2003:33).

Si bien existen revistas que trascienden sus páginas y logran una intervención en la sociedad; también existen las que limitan su campo de acción a los recintos universitarios y otras que se dedican meramente a labores divulgativas. Por supuesto, las que nos interesan son las primeras; aquellas que corresponden a proyectos colectivos de claras posiciones enunciativas. Es decir, aquellas que funcionan como espacios de configuraciones modélicas, como tribunas que reflejan las tensiones de una época y, que están fundamentadas en proyectos grupales respaldados por “trayectorias individuales”³ que afianzan puntos de vistas y lecturas específicas. Es por ello, que este trabajo tiene como propósito fundamental exponer, a grandes rasgos, por supuesto, la propuesta de la publicación chilena *Revista de Crítica Cultural*.

Para llevar a cabo dicho propósito es necesario trazar una genealogía que permita inscribir a la *Revista de Crítica Cultural*, dentro de una tradición que se encuentra arraigada en las revistas político-culturales surgidas o alimentadas durante los años 60 y 70⁴; comprometidas, en la mayoría de los casos, con las realidades del continente americano y, de forma más explícita, con las revoluciones político-sociales. Esas revistas, como lo afirma Claudia Gilman, fueron el “soporte imprescindible para la constitución del escritor en intelectual, puesto que supuso la difusión de su palabra en una dimensión pública más amplia” (2003: 22). Así, la

³ Expresión utilizada por Fernanda Beigel (2003) en el artículo titulado “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”. En: *Utopía y Praxis latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*. Año 8, N° 20. Maracaibo: Universidad del Zulia.

⁴ Uso la nomenclatura “años 60 y 70” para referirme a una época marcada por una profunda radicalización política. Época que va desde el triunfo de la Revolución Cubana, en 1959, hasta el derrocamiento de Allende y, la posterior, instauración de la dictadura chilena, en 1973.

revista se constituyó en el medio idóneo donde el escritor, devenido en intelectual, pudo expresar sus opiniones y, a través de ellas, conformar un público receptor interesado en escucharlas/leerlas. Según Gilman:

En las revistas, los escritores encontraron un poderoso eco de resonancia para sus discursos y al mismo tiempo se sintieron requeridos a pronunciarse y a tomar posiciones sobre los asuntos contemporáneos. De modo que la revista político-cultural fue el soporte material de una circulación privilegiada de nombres propios e ideas compartidas, así como el escenario de las principales polémicas, que fueron violentándose según pasaron los años y cuyo centro de divergencia principal fue la colocación respecto de la Revolución Cubana a partir de 1968 y con un hito principal en 1971, con el estallido del caso Padilla⁵. Al menos esos episodios pueden verse como el síntoma de un proceso en el que variaban los criterios de la legitimidad y el prestigio intelectuales.

La revista político-cultural constituyó un modo de intervención especialmente adecuado a los perfiles de esa época y de la relación programáticamente buscada entre cultura y política como un modo de pensar la militancia en el plano cultural (2003: 77).

En otras palabras, las revistas observaron de cerca y estuvieron atentas a las problemáticas sociales del continente y trataron de contribuir, a través de sus colaboradores, aportando ideas para reflexionar en torno a ellas. Estas revistas culturales estuvieron ligadas a la política, porque constituían los medios primordiales para la divulgación, discusión y “toma de posiciones” frente a los acontecimientos que tenían relevancia internacional; acontecimientos que sirvieron como puente entre las realidades de los diferentes países latinoamericanos e hicieron que los intelectuales se posicionaran y opinaran con respecto a ellos. Los ejemplos de la Revolución Cubana y el caso Padilla son contundentes, porque fueron

⁵ El “caso Padilla” es resumido de la siguiente manera: “el 20 de marzo de 1971” el poeta “Heberto Padilla fue detenido y acusado de estar involucrado en actividades contrarrevolucionarias. Después de treinta y ocho días en la cárcel, se presentó en la UNEAC para admitir públicamente sus errores y, de paso, los de sus amigos y colegas” (Gilman, 2003:235). La situación antes descrita desató una de las polémicas más controversiales dentro del ámbito intelectual latinoamericano de los años 70 y que pasaba por la puesta en duda sobre el campo de acción del Estado Cubano en los asuntos de la cultura. Hubo diferentes reacciones sobre el caso, pero se destacaron las posturas extremas: quienes estaba a favor de la detención de Padilla y quienes la rechazaban. Para profundizar sobre este punto, véase el trabajo: Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

hechos que sobrepasaron las realidades locales y generaron respuestas a nivel continental en el campo cultural latinoamericano. Estas repuestas y toma de posiciones fueron vitales para ayudar a configurar sistemas de redes intelectuales, pues fue en las revistas donde los intelectuales pudieron *intervenir de forma pública* en el ámbito social.

Estas empresas editoriales, en tanto espacios impulsores de una conciencia crítica, consolidaron y legitimaron, en la mayoría de los casos, a los escritores (críticos, artistas, filósofos, etc.) que colaboraron en sus páginas y que, a partir de sus “intervenciones”, lograron conquistar un claro lugar de enunciación que los transformó en voces autorizadas con poder intelectual como para dar opiniones que serían respetadas por un público ansioso de escucharlas. Estas voces serían, una y otra vez, interpeladas para ayudar a remediar o, por lo menos, ayudar a pensar las situaciones conflictivas. El diálogo, impulsado por las publicaciones, entre escritores y lectores fue fundamental para que las revistas garantizaran su perduración en el tiempo, ya que, en la medida de que existiera un público receptor interesado en los debates que en ellas se planteaban, iba a ser posible su existencia a largo plazo. Las revistas, como cualquier otra manifestación artística, estaban necesitadas de un consumidor cultural que permitiera sostener económicamente el proyecto editorial.

II. La inscripción de la *Revista de Crítica Cultural* en la tradición de publicaciones periódicas de los años 60 y 70 no es gratuita, ya que, tanto en la revista chilena como en las citadas, existió y existe un vínculo estrecho entre cultura y sociedad. Si bien las condiciones de aparición no fueron las mismas, en ambos casos, el contexto político influyó de manera determinante para la materialización de dichas publicaciones.

La *Revista de Crítica Cultural*, dirigida por Nelly Richard, es una empresa editorial iniciada en un período significativo de la historia reciente de Chile; para ser exactos, en mayo de 1990, año en que Pinochet entrega el mandato presidencial a Patricio Aylwin, después de diecisiete años de dictadura. Su inicio, en esa fecha específica, es sintomático porque revela la convicción de que se está en presencia de un cambio histórico (la reapertura democrática de un país que estaba sumido en una de las represiones más severas del continente). Dicha revista, constituye un corpus importante, si no indispensable, para entender las actuaciones políticas-culturales de los personajes dedicados al quehacer literario, artístico y cultural, durante el gobierno militar y, más recientemente, durante la “Transición democrática”⁶. La revista surge con la idea de sistematizar, leer y dar cuerpo al conjunto de manifestaciones que tuvieron lugar en la dictadura y que fueron acuñadas bajo el nombre de “escena de avanzada”; término utilizado para designar a las producciones artísticas que se salieron de la norma académica y que cuestionaron el discurso institucional, a finales de los años 70 y comienzos de los 80.

La revista, a través de sus colaboradores y, en especial, de su directora (Nelly Richard), dio mayor importancia a las estéticas oblicuas que propusieron fracturar el gran relato de la

⁶ El entrecomillado de la palabra Transición indica la reserva al término. Pues, precisamente, existe la idea, tanto en las páginas de la *Revista de Crítica Cultural* como en un sector importante de la intelectualidad chilena, que no existió una ruptura real con la dictadura militar. La “Transición”, para este grupo de intelectuales, no es más que otra versión del régimen neoliberal impulsado por Pinochet. Para profundizar sobre este tema véase: Moulian, Tomás (1997). *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago: Lom.

historia cultural chilena y, en un contexto amplio, de la latinoamericana. Con la idea benjaminiana de la construcción de la historia, se hurgó entre las ruinas del pasado y se rescataron las creaciones que contribuyeron a promover relatos de carácter ambiguo que multiplicaron los significados y que se deslastraron de las posiciones seguras encargadas de resguardar los totalitarismos de sentido. Es por esta razón, que la *Revista de Crítica Cultural* se diferenció de las publicaciones académicas que circulaban en el ambiente universitario y trató de crear un lugar interdisciplinario que rompió con las barreras de los saberes constituidos. La mezcla de discursos (de las artes plásticas, de la filosofía, de la literatura, de la sociología, de las teorías feministas, del psicoanálisis, entre otras) provenientes tanto de Latinoamérica como fuera de ella, permitió que la publicación se constituyera como un espacio de diálogo permanente; facilitador del intercambio simbólico entre las diferentes disciplinas del discurso humanista, así como, de las visiones marcadas por las realidades nacionales. Este flujo de reflexiones sobre y desde Latinoamérica está indicado explícitamente en la publicación, desde el primer número, cuando en una nota colectiva titulada “Transición, cultura, democracia” se escribe lo siguiente:

Los materiales aquí reunidos suman contextos para tratar los problemas de la democracia: su valorización formal, su recuperación histórica, su consolidación política, su vigencia socialista.

Los textos de Beatriz Sarlo (Argentina) y Hugo Achugar (Uruguay) (...) si bien llevan las marcas de un pasado corregido por el presente de cada uno de sus aconteceres nacionales, para Chile son futuro en cuanto realizan un balance próximo a ser compartido por lo que nos anticipa de dudas y reivindicaciones. (...) Todos ellos articulan reflexiones y sugieren preguntas necesarias de incorporar al debate chileno sobre reapertura democrática (V.V.A.A. 1990: 15).

Aquí, en esta nota, se hace notoria la preocupación de generar discusión sobre la democracia y sus consecuencias en el conjunto de la sociedad chilena; se reconoce,

abiertamente, que el país atraviesa por un período de rupturas que acarrea dudas, angustias y esperanzas que deben ser acompañadas con interpretaciones críticas que den cuenta de lo que el giro político significa. También se evidencia que el cuerpo editorial de la *Revista de Crítica Cultural* asume el compromiso de abrir puertas a lecturas que apremian. Aunque las experiencias argentinas y uruguayas —retratadas en los textos de Sarlo y Achugar que enuncia la nota— tienen sus particularidades propias, se pueden extraer de ellas reflexiones que servirán para adelantar camino en la agenda chilena. Asimismo, como la nota citada, el primer y único editorial que aparece en la publicación sirve como clave de lectura para dar cuenta de la agenda temática de la revista; en él se enuncia que una de las intenciones del proyecto editorial consiste en realizar “trastocamientos de fronteras entre identidades sociales, culturales y nacionales” para echar abajo la idea de que existen conceptos cerrados y constituidos *a priori*. Según esta lógica editorial, no sería posible trazar “líneas divisorias” que amontonen la realidad en reductos de significados; sino, al contrario, las “junturas y trastocamientos de citas en tránsito” serán parte de una estética que desborda y se resiste a clasificaciones (Richard, 1990a:1).

La trans-disciplinariedad que la revista persigue se aprecia incluso desde la composición misma del consejo editorial. Basta con echar una mirada rápida a sus nombres para ver que se trató de un grupo de productores culturales que trabajaron desde distintos registros y discursos durante el período dictatorial. Este grupo que conforma el consejo editorial se mantuvo al margen de las instituciones del Estado (universidades, museos, galerías, medios de comunicación, etc.) y trabajó para crear alternativas discursivas frente a las que proponían posturas dicotómicas que fraccionaban la realidad en posiciones a enfrentar. Juan Dávila (artista y escritor), Eugenio Dittborn (artista visual), Diamela Eltit (escritora y ex-miembro del

grupo CADA), Carlos Pérez (Lic. en filosofía), Adriana Valdés (ensayista y crítica), Nelly Richard (teórica y crítica de arte) y Carlos Altamirano (artista plástico) fueron las personas encargadas de darle vida a la revista en sus inicios.

La *Revista de Crítica Cultural* más que entregar certezas al lector planteó, desde los diferentes discursos mencionados y representados por las líneas de trabajo de sus editores, interrogantes sobre los cambios que la actualidad política mundial traía como consecuencia. En el editorial del primer número, se hace referencia al contexto histórico del momento (la caída del muro de Berlín y las elecciones presidenciales en Chile) y se deja entrever la preocupación que aqueja a sus colaboradores por el papel que debía desempeñar el intelectual en una nueva realidad de debates ideológicas; pues era necesario pensar en la manera de *cómo actuar y hablar* cuando las condiciones de participación en el debate político-cultural habían cambiado de forma considerable. Se sabía que frente al cambio histórico ya no era posible obrar conforme a la lógica oposicional, reducida, generalmente, a posturas que se manifestaban en contra o a favor del gobierno militar. La realidad para los creadores del proyecto editorial era heterogénea y ambivalente y, por lo tanto, debía ser enunciada como tal.

Nelly Richard en el trabajo titulado “Estéticas de la oblicuidad” (1990b), publicado en ese primer número, hace una lectura de las producciones realizadas por un cierto grupo de artistas y escritores (Altamirano, Díaz, Dittborn, Eltit, Leppe, Brugnoli, Errázuriz, Rosenfeld, Martínez, Zurita, Muñoz, Maqueira) que aprovecharon su lugar marginado de las instituciones estatales para crear desde una estética transversal, transgresora y polivalente. Es decir, realiza una lectura de las producciones artísticas chilenas que no contaron con el aval de las instituciones, porque sobrepasaron las formas con que los discursos explicativos traducían los sentidos. Con esta mirada al pasado, Richard señala que existió y existe la posibilidad de la

construcción de una vía *otra* para construir discursos que fracturen el meta-relato que pretenden mantener los saberes académicos institucionalizados. Este punto conforma la piedra angular de la revista, porque ésta se erige como una apuesta contra la hegemonía discursiva que trató de borrar las diferencias en el pasado y que pretendió fundar un Chile uniforme, estandarizado con las ideas provenientes de una izquierda ortodoxa como de una derecha propinochetista. La revista al (re)tomar y tratar de apropiarse de estas estéticas hace un gesto que permite afirmar que uno de sus propósitos principales es generar un espacio alternativo, no académico de intervención social y cultural.

Finalmente, me interesa la *Revista de Crítica Cultural*, porque propone una forma *otra* de leer los acontecimientos políticos, sociales y culturales, debido a que muestra la posibilidad de nuevas lecturas que ayudan a cuestionar el sistema de interpretaciones canónicas que el discurso social está acostumbrado a usar e imponer. Me interesa esta publicación en la medida en que compromete al lector a impugnar un sistema de valores impuesto culturalmente; labor, que creo, debiera multiplicarse.

Santiago, agosto de 2005.

REFERENCIAS

- Beigel, Fernanda. 2003. “Las revistas culturales como documento de la historia latinoamericana”, en *Utopía y Praxis Latinoamericana* 20, pp. 105-115.
- Gilman, Claudia. 2003. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, 1era edic. Buenos Aires, Siglo veintiuno editores.
- Moraña, Mabel. 2003. “Revistas culturales y mediación letrada en América Latina”, en *Hermes Criollo* 5, pp. 33-39.
- Moulian, Tomás. 1997. *Chile actual: anatomía de un mito*, 3era edic. Santiago, Lom ediciones.

Patiño, Roxana y Schwartz, Jorge. 2004. "Introducción", en *Revista Iberoamericana* 208-209, pp. 647-650.

Richard, Nelly. 1990a. "Editorial", en *Revista de Crítica Cultural* 1, pp.1.

_____.1990b. "Estéticas de la oblicuidad", en *Revista de Crítica Cultural* 1, pp. 6-8.

Sosnowski, Saúl ed. 1999. *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas*, 1 era edic. Buenos Aires, Alianza editorial.

VV.AA. 1990. "Transición, cultura, democracia", en *Revista de Crítica Cultural* 1, pp. 15.

Revista Iberoamericana 208-209 (Pittsburgh, julio-diciembre de 2004).

Revista de Crítica Cultural 1 (Santiago de Chile, mayo 1990).

Revista de Crítica Cultural 31 (Santiago de Chile, junio 2005).